

REFLEXIONES HISTÓRICAS SOBRE EL TIEMPO DE VIDA DE LOS MONASTERIOS

Claude J. Peifer, osb ¹

*(Aunque el ámbito en que se mueve el autor es sobre todo la Orden Benedictina y apenas hace algunas alusiones a Cister, nos parece interesante asomarnos a la historia en un tema como éste, dado que los monasterios de todos los colores vivimos en circunstancias semejantes y nos afecta en mayor o menor grado el futuro de nuestras comunidades. El presente artículo apareció en *The American Benedictine Review*, 54 [2003] 121-141. Nota del traductor)*

INTRODUCCIÓN

Muchos creen que los monasterios son instituciones permanentes en un mundo que cambia sin cesar, instituciones que perviven durante siglos aunque al final todas se desmoronen². El fundamento de esta visión es la existencia de algunos ejemplos destacados y muy conocidos. Tenemos la larga y variada historia de Monte Casino, con su lema *succisa virescit*. También contamos con la Gran Laura de Monte Athos, y su ininterrumpida existencia desde su fundación en 963 por San Atanasio el Athonita hasta el día de hoy. Está el monasterio de Mar Saba en el desierto de Judá, que goza de una continua existencia desde que San Sabas se estableció allí en 478. Pero lo más espectacular de todos es el caso de los monasterios coptos de Wadi Natrun, en el nordeste de Egipto, de los que se dice que la vida monástica nunca ha cesado desde que el abad Amnon comenzara a vivirla allí en el año 330, y donde ha tenido lugar en nuestros días una importante renovación monástica³.

¹ P. Claude Peifer es monje de la abadía de San Beda, en Perú, Illinois, que se ha dedicado a estudios sobre historia y teología monásticas. Es subprior de su comunidad y consejero de la Congregación Casinense Americana.

² Este estudio formaba parte de un panel sobre la viabilidad de los monasterios hoy, para el 56 Capítulo general de la Congregación Casinense Americana, en Junio de 1998. Las circunstancias de la presentación original explican por qué los ejemplos históricos citados proceden casi exclusivamente de monasterios de monjes y por qué el tono de la exposición refleja algunas veces más el compromiso personal que un aplicación estricta del método histórico.

³ Cf H.G.Evelyn, *The Monasteries of the Wâdi>n Natrûn*,(New York: Metyropolitan Museum 1932); Robert Taft, *AA Pilgrimage to the origins of religious Life: The Fathers of the Desert Today*,@ en *American Benedictine Review*, 36 (1985), 113-142.

Es indudable que la vida monástica cristiana nunca ha cesado en la Iglesia desde sus inicios en el siglo tercero, incluso bajo circunstancias muy difíciles, y que ha aparecido continuamente en una inmensa variedad de formas. También es cierto que algunas comunidades monásticas particulares han sobrevivido durante siglos, y siguen viviendo en nuestros días. Pero si prestamos más atención, encontramos que una permanencia extraordinaria de las comunidades monásticas no es la regla general sino una excepción. Junto a la pequeña minoría de monasterios que aún existen en nuestros días y que cuentan con una historia amplia e ininterrumpida, se hallan un inmenso número de comunidades que nacieron en los siglos XIX y XX, y algunas son muy recientes. Y más relevante que todo eso es el hecho de que centenares de monasterios, o incluso continentes, que florecieron antiguamente, ahora no existen

LOS PAISES GERMANICOS

El 1911 el P. Preimin Lindner, de la abadía de San Pedro en Salzburgo, publicó en *Studien und Mitteilungen* la lista de las abadías benedictinas de hombres que han existido en las regiones de habla germana en Alemania, Austria y Suiza desde el siglo VII hasta el XX. Pocos años después otros investigadores publicaron en la misma revista otras listas semejantes de las abadías benedictinas de mujeres, abadías cistercienses de monjes y de las abadías cistercienses de monjas en esas mismas regiones⁴. Estas listas que son el primer paso para la elaboración de un *monasticon* germano, fueron publicadas conjuntamente en un volumen en 1917, y reimprimas 50 años más tarde en 1967⁵. Aunque requiere una pequeña interpretación y actualización, este inventario proporciona una base razonablemente precisa para examinar el fenómeno de la supervivencia de las comunidades monásticas en un marco geográfica y lingüísticamente limitados.

El inventario incluye 330 monasterios de monjes negros, 352 de monjas negras, 203 de monjes blancos y 305 de monjas blancas; en total son 1190 las comunidades monásticas que han existido en los territorios de lengua alemana durante estos 14

4 Pirmin Lindner, *Verzeichnis der deutschen Benediktiner-Abateien vom 7-20 Jahrhundert*, en *Studien und Mitteilungen zur Geschichte des Benediktinerordens und seiner Zweige* [SM] 32 (1911) 1-50; M. Regintrudis von Reichlin-Meldegg and Dr Franz J. Bendel, *Verzeichnis der deutschen Benediktinerinnenklöster*, SM 35 (1914) 1-45; Marian Gloning, *Verzeichnis der deutschen Cisterzienser-Abteien und Priorate*, SM 36 (1915) 1-42; Blasius Huemer, *Verzeichnis der deutschen Cistercienserinnenklöster*, SM 37 (1916) 1-47.

5 *Germania Monastica: Klostersverzeichnis der deutschen Benediktiner and Cisterzienser* (Salzburg: Stift St. Peter 1917); unveränderter Nachdruck (Ottobeuren: Bayerische Benediktiner-Akademie 1967). El *monasticon* Germano para el cual se hicieron estos estudios se está publicando ahora por la Academia Benedictina Bávara en la serie titulada *Germania Benedictina*. Hasta la fecha han aparecido nueve volúmenes, y los publica EOS Verlag en la Archiabadía de San Otilia

siglos. En 1917 solamente estaban habitados 125 monasterios, y esta situación ha cambiado muy poco en los 80 años subsiguientes. Más aún, de estos 125 la mayoría fueron fundados después de una interrupción de su historia, a veces bastante prolongada, que había roto la continuidad con la comunidad anterior. De las 330 casas de monjas negras de esa lista 45 existen en estas fechas, y de ellas yo observo solamente 15 anteriores al siglo XVII: 10 en Austria, 4 en Suiza y 1 en Italia⁶. Y la lista queda aún más reducida si nos fijamos en el hecho de que algunas casas de Austria fueron clausuradas durante unos años, entre 1939 y 1945 por el régimen Nazi.

Estos inventarios de monasterios de habla germana comprenden las casas Benedictinas y Cistercienses, tanto masculinas como femeninas. Pero no incluyen todas las instituciones monásticas. En primer lugar, exceptuando las casas cistercienses masculinas, en estas listas sólo figuran los monasterios con rango abacial, y en consecuencia no se mencionan los prioratos, las *cellae*, eremitorios y otras dependencias que se hallan por doquier en la Europa medieval, y que al menos en ciertos períodos son más numerosas que las abadías. Trataré de esto más adelante. Además de esta omisión, los inventarios tampoco incluyen las casas de otras Ordenes monásticas que surgieron desde el siglo XI al XIV, la mayoría de las cuales seguían la Regla de San Benito: los Camaldulenses, los de Vallumbrosa, los Cartujos, las Ordenes de Tiron, Fontevrault, Grandmont, Celestinos, Silvestrinos, Olivetanos, las Brígidas, y en Inglaterra los Gilbertinos. Recordemos también las Ordenes militares, especialmente los Templarios y los Hospitalarios, y los Canónigos Regulares, que llevaban una vida casi monástica, especialmente los Victorinos, los Agustinos y los Norbertinos.

MONASTERIOS DE OTRAS REGIONES

Si ampliamos geográficamente la mirada a otras regiones, encontramos el mismo fenómeno y una increíble expansión monástica en toda Europa. En un minucioso estudio referido a Inglaterra y Gales, Dom David Knowles y Neville Hadcock hacen un admirable inventario de todas las casas religiosas (incluyendo las de los frailes) que existieron desde la conquista de los Normandos en 1066 hasta la disolución de los monasterios en 1540, junto con unos cuadros que muestran el número de casas y el número aproximado de religiosos de cada categoría en los diferentes períodos⁷. La suma total indica que el número de casas religiosas llegó a 1000 al comienzo del siglo XIV, y la mitad de ellas eran viviendas estrictamente monásticas, sin contar los canónigos y canonisas. De esos 500 monasterios, unos 400 todavía existían dos siglos más tarde en el momento de la supresión. Estas cifras no

⁶ Son: Admont, Altenberg, Göttweig, Kremsmünster, Lambach, Melk, Michaelbeuern, Salzburg, Seitenstetten y Vienna en Austria; Disentis, Einsiedeln, Engelberg y Mariastern en Suiza, y Muri, ahora Gries, en Italia.

⁷ David Knowles and R. Neville Hadcock, *Medieval Religious Houses: England and Wales* (Londres, Longmans 1953).

incluyen las numerosas casas monásticas de Irlanda y Escocia. En las Islas Británicas quedaron suprimidos por real decreto todos los monasterios entre 1536 y 1540, y no se permitió vivir la vida monástica en los tres siglos posteriores⁸. En consecuencia, ninguna de esas comunidades monásticas existe en la actualidad, aunque se dan algunos casos, como el de Buckfast y Quarr, en los que una comunidad moderna ocupa los lugares de otra antigua.

Si obsevamos estas regiones hallamos una situación semejante: ha habido un gran número de monasterios de todas clases, los nuevos que surgen sin cesar y los antiguos que dejan de existir; pero son muy pocos los que han permanecido durante siglos. Acontce lo mismo en Italia, Francia, España, Portugal, en los Países Bajos y Escandinavia, y en las regiones eslavas. Solamente la Orden de Cluny en la cumbre de su apogeo se cree que contó con unos 1200 monasterios con distintos grados de afiliación. Aparte de esto, centenares de casas de monjes negros estaban agrupadas en otras Ordenes semejantes, como las de Cava y Montevergine en Italia, Dijon y Fleury en Francia, e Hisvan y Gorze en Alemania. Los Cistercienses levantaron más de 500 monasterios en el primer siglo de su historia, y llegaban a 700 al final del segundo. La gran mayoría de éstos ya no existe. Y los que sobrevivieron a la Peste Negra, el sistema de las *encomiendas* y la Reforma, quedaron eventualmente abolidos como resultado de la mentalidad racionalista que se propagó con el Iluminismo, la Revolución francesa y sus secuelas. Aquí me refiero solamente a la Iglesia Occidental y a las formas benedictinas de vida monástica, pero no es nada inverosímil que tales resultados aparecerían en el mundo de Bizancio y en otras Iglesias Orientales, donde la vida monástica era muy popular en la sociedad antigua y medieval.

Como conclusión de todo esto podemos decir que aunque los monasterios dan pruebas evidentes de una relativa longevidad, y algunos de ellos son ejemplo de un asombroso resurgir, también están sometidos al mismo fenómeno de cambio y decadencia

que afecta a cualquier institución humana, y no se puede esperar razonablemente que duren para siempre. La mayoría de los que han existido hasta ahora en la historia han llegado a su fin después de distintos períodos de vida, algunos sorprendentemente largos y otros muy breves. Escogemos al azar unos ejemplos para confirmar esta aserción.

LOS MONASTERIOS DE SAN BENITO

Solemos pensar que Monte Casino es un ejemplo admirable de longevidad, y así lo considero yo. Pero observémoslo más de cerca. No sabemos cuándo fue allí San Benito, pero la fecha tradicional de 529 debe ser firmemente mantenida. Según eso, el monasterio tenía solamente unos 20 años cuando él murió hacia el año 550, después de anunciar su próxima destrucción. Los invasores Lombardos llegaron allí hacia el año

⁸ Cuando la Reina María llegó al trono en 1553 restableció un monasterio, el de Westminster, bajo el abad John Feckenham en 1556, pero fue suprimido en 1559 tras el acceso de Isabel. Cf David Lunn, *The English Benedictines, 1540-1668: from Reformation to Revolution* (Londres, Burns & Oates 1980) 2-6,

580, o tal vez antes. Esto significa que Monte Casino vivió unos 50 años, pocos más de los que han alcanzado muchas de nuestras comunidades. Es cierto que la comunidad sobrevivió, si hacemos caso a San Gregorio. Y una tradición recogida dos siglos más tarde por Pablo el Diácono afirma que había huido a Roma. Pero ya no volvemos a saber nada de estos monjes. No se intentó regresar a Monte Casino. Ni se menciona que se observara la Regla de San Benito en los monasterios de Roma durante algunos siglos.

Monte Casino quedó abandonado 140 años, hasta que Petronax de Brescia llegó allí el año 717, encontró unos cuantos ermitaños que vivían en la montaña, y comenzó de nuevo la vida cenobítica. Esta nueva comunidad permaneció poco más de 150 años, cuando llegaron los Sarracenos en el 883, asesinaron al abad y a algunos monjes y destruyeron el monasterio. Los sobrevivientes se refugiaron primero en Teano, de donde salieron a causa de un fuego que destruyó lo que se consideraba el manuscrito original de la Regla, y de allí marcharon a Capua. La comunidad sobrevivió todo ese tiempo, pero los monjes estuvieron 67 años en el exilio antes de poder volver a Monte Casino el año 950. La siguiente destrucción no fue obra de los invasores sino de un desastre natural, cuando el monasterio quedó arrasado por un terremoto el año 1349. A continuación la comunidad tuvo una larga estancia de casi 600 años, hasta que sobrevino la nueva destrucción total por el bombardeo Aliado durante la Segunda Guerra Mundial, tras lo cual la comunidad ha vuelto a sobrevivir⁹.

La otra fundación de San Benito en Subiaco también ha conocido una serie de aventuras. Aunque suele decirse que ha tenido una existencia ininterrumpida, la verdad parece ser distinta. Es probable que existía en tiempos de San Gregorio, unos 90 años después de su fundación¹⁰. Pero después desaparece de los recuerdos históricos durante más de dos siglos. No se puede afirmar que fuera destruido por los Lombardos, como sucedió a la mayoría de los monasterios italianos en esa época, pero no se menciona jamás en los siglos VII y VIII, y es muy posible que dejara de existir. La siguiente alusión a él (en el *Liber Pontificalis*) es en el año 850. Fue saqueado por los Sarracenos, aunque los monjes escaparon y pudieron continuar viviendo. Desde el siglo X en adelante llegó a ser una abadía poderosa e influyente, muy distinta del grupo de comunidades pequeñas y sencillas que San Benito había fundado. Su monasterio de San Clemente en las ruinas de la villa de Nerón no volvió a ser ocupado, ni ninguno de los otros doce originales. La única comunidad vive ahora en lo

9 Para la historia de Monte Casino cf Gregorio Penco, *Storia del monachesimo in Italia dalle origini alla fine del medio Evo* (Roma, edizioni Paoline 1961) 136-47; y *Storia del monachesimo in Italia nell'epoca moderna* (Roma, Edizioni Paoline 1968) 223-29; Tommaso Leccisotti, *Montecassino* (Abadía de Montecassino, 1963)

10 Gregorio dice en la introducción al libro segundo de los *Diálogos* que Honorato era abad de Subiaco en la época que él escribía. Esto supone que los *Diálogos* son obra auténtica de Gregorio, tema que hoy vuelve a discutirse.

que fue el monasterio de San Silvestre, aunque cambió de nombre en honor de San Benito y Santa Escolástica¹¹.

Solamente a finales del siglo XII unos cuantos monjes del monasterio comenzaron a vivir en el Sacro Speco, que no era uno de los 12 monasterios originales. Hacia 1200 el Speco era una abadía independiente con el título de San Benito, y después volvió a depender del de Santa Escolástica. En el siglo XIX Subiaco estuvo casi a punto de dejar de existir. Logró evitar la supresión por parte de las autoridades seculares, pero la comunidad cayó en una situación lamentable. Pío IX tenía un gran deseo de restaurar la vida en la Congregación Casinense y se preocupó personalmente de este asunto, pero llegó a la conclusión de que no había esperanzas para Subiaco. En 1849 decidió suprimir el monasterio y convertir los edificios en seminario diocesano. Sin embargo, en el último momento un consejero le persuadió que se dirigiera al abad Pietro Casaretto, jefe de un pequeño grupo de monjes que promovían la reforma, y el Papa obligó al capítulo general Casinense a ponerle a él a como abad. Cuando Casaretto llegó allí en Julio de 1850 sólo encontró 4 monjes, que fueron muy poco cordiales en acoger al promotor de una estricta observancia. Ellos no duraron mucho tiempo, pero él acudió a sus monjes de Génova y logró salvar a Subiaco de la extinción¹².

OTROS EJEMPLOS

Las vicisitudes de una comunidad monástica se pueden conocer también fijándose en el más antiguo monasterio de las Galias, el de Ligugé, a 8 kms al sur de Poitiers, fundado por San Martín de Tours hacia el año 361. Martín vivió allí bajo la dirección de San Hilario y reunió discípulos. Al ser elegido obispo de Tours 10 años después, parece que la comunidad siguió allí de modo permanente, y que en el siglo VII u VIII abrazó la Regla de San Benito. Pero el local fue destruido por la invasión árabe en el 733 y es muy probable que dejara de existir durante tres siglos. Fue restaurado en el año 1003 por una piadosa biehechora, pero existió sólo como priorato durante 350 años, dependienmdode la abadía de Maillezais. Nuevamente fue destruido en el año 1359 durante la Guerra de los Cien Años. No había pasado un siglo y volvió a resurgir, mas tras unas cuantas décadas de vida monástica cayó en manos de una abad *comendatario*, que expulsó a los monjes y los reemplazó por 4 canónigos. A los canónigos sucedieron los Jesuitas en 1606, que ocuparon la casa hasta 1763. Durante la Revolución francesa la propiedad fue enajenada. En 1853 la adquirió el obispo e

11 Para Subiaco cfd Paolo Carosi, *Subiaco*, en *Dizionario degli Istituti di perfezione*, 9, 538-41; *Il primo monastero benedettino*, Studia Anselmiana 39 (Roma, San Anselmo 1956)

12 Cf Germán Martínez: *La restauración monástica en Liguria: el Genovesato*, en *Studia Monastica* 14 (1972) 375-403

invitó a Dom Guéranger a enviar monjes, y desde entonces ha vuelto a ser monasterio benedictino hasta hoy¹³.

En este caso no se trata de la continuidad de una comunidad, sino simplemente de un lugar ocupado por sucesivas comunidades, no todas monásticas. Otro monasterio de San Martín, Marmoutiers, fundado en las afueras de Tours por San Martín, después que fue elegido obispo hacia el año 370, cuenta con una historia muy parecida. Según Sulpicio Severo, biógrafo de San Martín, en sus orígenes era una especie de *Laura* o colonia de ermitaños que vivían casi todo en común. Después no aparece en la historia hasta los tiempos carolingios, en que era un monasterio benedictino muy floreciente. Pero fue destruido en el año 853 por los Normandos que asesinaron más de un centenar de monjes. El lugar fue ocupado por canónigos, con un laico como abad. Más de 100 años después, en 982 lo adquirió el abad Máyolo de Cluny, que envió un grupo de monjes e impulsaron su prosperidad como monasterio cluniacense. En el siglo XII contaba con unos 200 miembros. Pero en la alta Edad Media pasó dificultades y fue saqueado por los Protestantes en 1562. En el siglo XVII, siendo Richelieu abad comendatario logró que la comunidad se uniera en 1629 a la Congregación Maurista, recientemente fundada, y con ello gozó durante 150 años de una vida monástica ferviente antes de ser suprimido por la Revolución. Todavía no ha sido restaurado¹⁴.

He aquí unos cuantos de los centenares de ejemplos posibles sobre las vicisitudes de las comunidades monásticas. Históricamente nos obliga a conceder cierta tenacidad de vida en la institución monástica, pero al mismo tiempo nos previene a no esperar un paseo triunfal para siempre. Debemos estar agradecidos de que algunos de nuestros monasterios hayan alcanzado los cien años sin los desastres tan variados que experimentaron nuestros antepasados. Podemos observar que en el pasado morían por la violencia del pillaje, la invasión, la guerra o la supresión por parte de las autoridades seculares, impulsadas por la avaricia. Si hemos escapado de tales condiciones, una mirada serena a tiempos recientes nos recuerda que aunque cambian las formas la realidad es siempre idéntica.

En el siglo XIX toda la Congregación de Brasil quedó barrida por la legislación anticlerical. Los monjes franceses fueron exiliados en 1880 y en 1902 por gobiernos hostiles. En Méjico en 1920 religiosos y sacerdotes fueron ejecutados y los monasterios quemados. En 1936, durante la Guerra Civil española, toda la comunidad de El Pueyo fue apresada y fusilada y el monasterio saqueado. Durante la segunda Guerra Mundial la mayor parte de los monasterios de los países de Europa, ocupados por los Nazis, fueron cerrados y los monjes se dispersaron. Los monjes y monjas de Corea y Vietman soportaron terribles sufrimientos y la destrucción de sus monasterios,

13 Sobre Ligugé cf Pierre de Monsabert, *Le monastère de Ligugé. Étude historique* (Ligugé; abbaye St-Martin 1929); Jean Coquet, *L'Abbaye de Saint-Martin de Ligugé* (Ligugé, Abbaye St-Martin 1960)

14 Para Marmoutiers cf Edmond Martène, *Histoire de Marmoutier*, 2 vol. ed. U. Chevalier (Tours 1874-75); J. Rabory, *Histoire de Marmoutier* (Paris, Savaète 1910)

durante la guerra que arrasó sus países en la segunda mitad del siglo XX. En el transcurso de la guerra fría sucedió lo mismo a muchos monasterios que se hallaban dentro del Telón de Acero: los monjes hechos prisioneros, la Congregación eslava eliminada y la Congregación Húngara muy debilitada. Recientemente los horrores de los Balcanes, de Ruanda y del Congo han igualado o superado lo perpetrado por los Lombardos, Normandos o Sarracenos.

Pero los monasterios no se extinguen solamente por motivos de violencia o injusticia. Una de las causas que más contribuyó al declive de los monasterios en la Edad Media fue la Peste Negra. En el priorato de Luffield, en Inglaterra, barrió por completo a la pequeña comunidad, y lo mismo ocurrió en muchos otros monasterios en toda Europa¹⁵. En Malling había 29 monjas en 1324; en 1349, después que la epidemia atacó a dos abadesas y a la mayor parte de la comunidad, sólo quedaron 4 monjas y 4 novicias. (El lugar fue nuevamente ocupado por monjas anglicanas en 1916, que eran la rama femenina del grupo de Caldey)¹⁶. En suma, los cálculos de Knowles y Hadcock muestran una disminución del 50% del número de religiosos en el año 1300¹⁷. Y ya en el siglo XIII se había reducido mucho el número de monjes, porque las vocaciones que antes se orientaban a los monasterios en adelante se dirigían hacia las nuevas Ordenes mendicantes.

También existen causas internas en el declive de las comunidades. Algunos monjes abandonaron simplemente la vida, especialmente al verse amenazados por la Reforma, y decidieron transformar la comunidad en grupos de canónigos regulares. En ciertas ocasiones aceptaron la perspectiva de una cultura superior y renunciaron al ideal monástico. Comunidades monásticas enteras se persuadieron de las ideas de los Reformadores en el siglo XVI y se convirtieron en iglesias o escuelas Luteranas. La abadía de Bursfeld, que con Juan Dederoth llegó a ser cabeza de una congregación de sorprendente vitalidad y el centro principal de la reforma en el norte de Alemania en el siglo XVI, se hizo luterana en 1542¹⁸.

Algo semejante ocurrió en Kastl, que había sido promotora de la reforma en Baviera en esa misma época. En 1563 se secularizaron los 6 monjes que quedaban, y el administrador luterano suprimió la abadía¹⁹. También algunos Mauristas se infectaron de Jansenismo en el siglo XVII o de las ideas de las Luces en el XVIII.

15 Cf Roy Midmer, *English Medieval Monasteries (1066-1540): A Summary* (Athens, GA; U Georgia 1979) 210-11.

16 Midmer 211-12.

17 Knowles and Hadcock (nota 6). Cf las esquemas de las pags. 359-360

18 Walter Ziegler, *Bursfelde*, en Ulrich Faust (ed.), *Die Benediktinerklöster in Niedersachsen, Schleswig-Holstein und Bremen* (St Ottilien: EOS Verlag 1979) Germania Benedictina 6, 80-100.

Tanto los que permanecían en el monasterio como los que salían de él se sentían atraídos y muy influenciados, a veces inconscientemente, por la cultura que les rodeaba.

OTROS TIPOS DE MONASTERIOS

Cuanto llevamos dicho se refiere a las abadías autónomas, el tipo de monasterio cenobítico que presenta la Regla de San Benito y ha prevalecido en la historia benedictina. Normalmente tendemos a pensar en comunidades que en términos legales son *sui iuris*. Pero muchas de ellas podían variar de tamaño, desde una docena de monjes o monjas hasta varios cientos, que eran independientes y constituían un cuerpo que se gobernaba a sí mismo y se perpetuaba, proveyendo todo lo necesario para su vida bajo la dirección de un abad o abadesa. Estamos familiarizados con monasterios que no poseen autonomía y dependen de otra autoridad ajena a ellos. Pensamos que son un proyecto sin acabar, en etapa preparatoria de un desarrollo que eventualmente llevará a la plena autonomía. La Regla de San Benito nunca se refiere a esas casas dependientes, porque su horizonte se restringe a comunidad autónomas.

De hecho, sin embargo, al examinar con detención la historia se descubre que durante siglos muchos monjes y monjas vivían en situaciones muy distintas de las abadías autónomas. Al inicio del movimiento monástico, no sólo en Egipto sino también en otros lugares de los que estamos menos informados, la gente vivía la vida monástica con una variedad de situaciones diferentes, desde una total o casi total soledad, asociadas con otras cuantas personas, hasta grupos numerosos que podían organizarse de modos muy distintos y diversos grados de vida común. Más aún, existía libertad para cambiar de una de estas situaciones a otra, ya fuera en el mismo lugar o en otro completamente distinto. La antigua literatura monástica, comenzando con la *Vita Antonii*, está llena de una desconcertante variedad de ejemplos de cambios a estilos de vida eremítica, semieremítica y cenobítica.

Podemos pensar que esta confusión se acabó cuando la regla de San Benito, con su sentido romano de orden, fue adoptada en Occidente. La realidad es que durante las llamadas centurias benedictinas y después, muchos monjes vivían en condiciones distintas a la de una abadía autónoma. La vida monástica no es un concepto unívoco y nadie está llamado a vivirla del mismo modo, ni siquiera los que han hecho su profesión según la Regla de San Benito. Las palabras que dedica San Benito en el capítulo primero a los eremitas nos recuerdan su estima por la vida solitaria como una meta a la que se puede aspirar después de un ejercicio apropiado y la experiencia en el cenobio. Durante la Edad Media existen pruebas evidentes de que algunos monjes vivían una forma de vida eremítica o semieremítica, aunque seguían siendo miembros de sus comunidades y sujetos a la obediencia de su abad. En el siglo XI se hizo tan intenso el deseo de formas más simples de vida que tuvo lugar una

19 Josep Hemmerle, *Die Benediktinerhlöster in Bayern* (Augsburg: Kommissionsverlag Winfried-Werk 1970) Germania Benedictina 4, 125-29

amplia reacción contra las grandes abadías y floreció en las nuevas Ordenes una proliferación de formas menos organizadas de vida monástica.

Incluso en la corriente de los monjes negros muchos vivían en pequeñas casas dependientes de una abadía. Dom Knowles las describe como Asatélites de casas independientes, que variaban en el tamaño y grado de desarrollo monástico, desde uno, dos o tres monjes hasta un pequeño monasterio perfectamente organizado, pero siempre desprovistos de la perfección final de la autonomía²⁰".

Un fenómeno semejante tuvo lugar en el continente, donde muchas abadías multiplicaron casas dependientes de ellas, con tamaño y características muy variadas. Eran particularmente numerosas en Francia. En el sistema Cluniacense y en otros pequeños imperios monásticos que emularon a Cluny, la mayoría de los monasterios no gozaban de autonomía sino que estaban sometidos al abad de la casa madre, variando mucho las condiciones de una Orden monástica a otra. E incluso al margen de estas asociaciones de monasterios muchas abadías poseían prioratos donde vivían uno o dos monjes con un estilo de vida que era muy diferente al de la casa madre a que pertenecían.

ORIGEN DE LOS PEQUEÑOS PRIORATOS

Se daban múltiples razones para la multiplicación de tales prioratos. Algunos de ellos eran casas que habían sido autónomas y por llegar a una situación que les impedía vivir de modo independiente se habían sometido a un monasterio más numeroso. La abadía de Horton en Dorset había sido fundada hacia el año 970. Tras su destrucción por los Daneses volvió a ser abadía hacia 1050, pero en 1122 el obispo de Salisbury la redujo a priorato dependiente de Sherborne²¹. Aunque continuó existiendo hasta la Disolución nunca tuvo más de 3 ó 4 monjes. Otras casas tuvieron su origen en donantes, como pequeños monasterios sometidos a una abadía. La intención original era de que crecerían y llegarían a ser abadías autónomas, pero las circunstancias impedían su desarrollo y se quedaban en prioratos dependientes. Este tipo de prioratos era más bien raro, aunque algunas abadías de Inglaterra, como San Albano y Durham poseían bastantes.

Muchas más numerosas eran las casas dependientes, deliberadamente creadas por abadías medievales. Generalmente la razón principal para esa situación era de tipo económico. Los monasterios subsistían primariamente de las rentas de grandes posesiones que constituían su dote. Los fundadores y sucesivos bienhechores les donaban fincas, bosques, molinos o iglesias, y estas posesiones solían estar esparcidas

20 David Knowles, *The Monastic Order in England: A History of Its Development from the Times of Saint Dunstan to the Fourth Lateran Council, 943-1216* (Cambridge U 1941) 134-136.

21 Midmer (nota 14) 171

en áreas geográficas muy amplias. Tras la conquista de los Normandos muchos monasterios de Francia tenían propiedades en Inglaterra. La posesión de tierras lejanas y la necesidad de cultivarlas requería personal de confianza que residiera allí para supervisar la producción y comercializar las cosechas o recoger las rentas de los que cultivaban esas fincas. Normalmente se creía necesario confiar tal responsabilidad a los monjes, y por eso se establecía un priorato en el que residían uno o varios monjes. Y vivían la vida monástica de un modo más mitigado que en la abadía. En no pocas ocasiones los donantes especificaban que los monjes residieran en la propiedad para orar por las intenciones de los donantes. De este modo se multiplicó el número de pequeños prioratos por las donaciones y fundaciones piadosas.

Los historiadores han hecho generalmente un juicio muy severo de esas casas pequeñas, llamadas deanerías, obediencias o celdas, indicando que no cumplían el ideal religioso, sino que debían su existencia únicamente a motivos económicos; los monjes que residían en ellas se preocupaban de asuntos mundanos, vivían al margen de las condiciones ordinarias de vida monástica y eran por ello fuente de relajación y decadencia. Filiberto Schmidz escribe:

La multiplicidad de pequeños prioratos en ciertos países, especialmente en Francia, extinguió el gusto por la observancia monástica en las almas de los monjes que allí vivían. De hecho solían estar solamente dos o tres, privados del apoyo y ventajas que ofrece la regularidad de un monasterio bien organizado, ya que la liturgia, la vida común y el trabajo intelectual eran casi siempre inexistentes²².

David Knowles expresa una opinión tan severa de estas casas en Inglaterra:

Como era tan natural el proceso por el que surgían estas pequeñas casas, su aparición debe considerarse como uno de los más desafortunados sub-productos de la conquista de Inglaterra; excepto unos pocos prioratos, los demás perseguían un fin económico y eran fuente de miserias para la casa a que pertenecían. En el transcurso del tiempo se convirtieron en el elemento más lamentable de decadencia espiritual de la vida monástica en el país²³.

Estas opiniones muy generalizadas se refieren a un fenómeno que existió bajo diversas formas en diferentes países y casi durante mil años. Es indudable que había abusos, y estos juicios pueden ser exactos en algunas ocasiones y tal vez en muchos casos. Pero la relajación y el abuso también se han dado en numerosas abadías en tiempos y lugares determinados. Es cierto, por otro lado, que algunos prioratos proporcionaban un marco positivo y provechoso para la vida monástica, aunque en un estilo distinto a la vida organizada de las grandes abadías. Esto sólo podemos

22 Philibert Schmitz, *Histoire de l'Ordre de Saint Benoît*, (Maredsous 1948) 3, 6-7.

23 Knowles (nota 19) 136.

conocerlo con estudio minucioso de monasterios concretos y de los que dependían de ellos.

ALGUNOS EJEMPLOS PARTICULARES

Dom Jacques Dubois ha hecho un estudio interesante en este sentido sobre las casas que dependían de Mont Saint-Michel. Sabemos por el diario de Eudes Rigaud, arzobispo de Rouen en el siglo XIII, que cuando hizo una visita en el año 1250 había 40 monjes viviendo en la abadía y algunos más que esos en los prioratos dependientes, que eran unos veinte. En consecuencia, la mitad de la comunidad se hallaba en los prioratos, y la mayoría de estas casas sólo albergaban dos monjes. Esa era la situación normal en ese tiempo. Poseemos también una copia de los Usos, que data de 8 años después, así como cartas y otros documentos. Con estas fuentes Dubois ha podido mostrar que la observancia era buena en esas casas pequeñas, y que para muchos monjes era una oportunidad de vivir seriamente una vida contemplativa²⁴.

Al menos en Francia existe otro motivo para el establecimiento de estas casas, además del de mantener la situación de la abadía y satisfacer la fundación de Misas y oraciones. Algunas de ellas se erigían expresamente para facilitar lugares de reposo donde los monjes pudieran encontrar paz, soledad y clima de oración. Algunos prioratos de Mont Saint-Michel estaban situados en islas u otros parajes aislados que sólo podían ofrecer una atmósfera de Adesierto@ para vivir una forma de vida monástica simple, casi siempre eremítica.

Las abadías de monjes negros eran espacios de oración y caridad, pero también unas instituciones amplias y concurridas. El monje tenía unas cargas litúrgicas pesadas, en las que al Oficio benedictino se sumaban Misas, oraciones adicionales y procesiones. Además estaban implicados en negocios y asuntos del mundo. Había un flujo constante de obreros y huéspedes que debían ser atendidos. Los encargados de los diversos departamentos debían administrar su presupuesto, supervisar a los empleados, buscar suplentes, y cumplir otras responsabilidades como atender a los pobres y enfermos. No pocos monjes ansiaban más paz, silencio y ocio para orar que lo que encontraban en la abadía.

Este era el motivo por el que se fundaron algunas casas pequeñas. Allí los monjes encontraban más reposo y paz: La liturgia adoptaba necesariamente unas formas más simples. Las cargas de la administración y hospitalidad eran más ligeras. En algunas casas sólo vivía un monje, y si lo quería podía vivir tranquilamente vida eremítica, sin ser infiel a la Regla. Estos monjes conservaban su estabilidad en la casa madre y aspiraban a los mismos ideales que los monjes de allí. Volvían sin duda a ella cuando eran ancianos o estaban enfermos, lo cual suponía cierto movimiento de personal. La comunidad era capaz de proveer respuestas a los monjes que aspiraban a

²⁴ Jacques Dubois, *Les dépendances du Mont Saint-Michel et la vie monastique dans les prieurés*, en *Millénaire monastique du Mont Saint-Michel*, vol. I: *Histoire et vie monastique*, editado por Jean Laporte (París, Lethielleux 1967) 619-76; *La vie des moines dans les prieurés du moyen âge*, *Lettre de Ligugé*, 133 (1969) 10-33.

diversos ideales en el conjunto de posibilidades monásticas, como ser Marías o Martas en la comunidad.

Según las personas implicadas, estas situaciones abrirían la puerta a ejemplos edificantes de oración y santidad, o a abusos y escándalos. Es indudable que se darían unos y otros. En su excelente estudio sobre la abadía de la Trinidad en Vendôme durante los siglos XI y XII, monasterio que tuvo una red similar de casas dependientes, Penelope Johnson apunta las ventajas e inconvenientes de esas casas pequeñas. Las ventajas eran económicas:

El éxito económico del sistema de prioratos durante los siglos XI y XII prueba que sus ventajas prevalecían sobre algunos inconvenientes... Más aún, el sistema establecía fuertes lazos con las gentes de alrededor que solían fomentar afinidades regionales con los monjes y el priorato²⁵

Por otro lado, a este proceso del sistema de crecimiento acompañaba un cúmulo de problemas:

Las celdas separadas podían actuar independientemente de la casa madre; el monje encargado podía caer enfermo y carecer de toda ayuda; la vida en un lugar tan pequeño y aislado podía ser marginante en algunas estaciones si dependían de una sola cosecha; la mansión podía ser amenazada o saqueada por vecinos hostiles; un grupo tan pequeño de monjes alejados de su abadía podía caer en muchos errores²⁶.

El efecto sobre los monjes es más difícil de valorar:

Su incremento numérico no revela nada de la salud espiritual de las casas esparcidas en pequeños grupos en el Oeste y centro de Francia. El alejamiento de la vida monástica regular en Vendôme pudo haber afectado negativamente a los monjes que abastecían a los prioratos y casas dependientes; por otro lado, en el reposo y soledad de esas casas el monje tenía la oportunidad de crecer espiritualmente en la tradición eremítica²⁷.

Ante la ausencia de una firme evidencia con la documentación hoy existente sobre este monasterio, concluye la autora:

²⁵ Penelope D. Johnson, *Prayer, patronage, and Power: The Abbey of La trinité, Vendôme, 1032-1147* (New York, NYU 1981) 55.

²⁶ Johnson, 53.

²⁷ Johnson, 55-56.

AEs difícil dar una valoración del impacto del sistema de prioratos de la Trinidad en la vida espiritual, pero puede observarse que la riqueza de la explotación de los prioratos y el inevitable compromiso secular de las Aobedienciaros@ resultaban antipáticos al ideal monástico de pobreza y soledad@²⁸.

La red medieval de casas dependientes distaba mucho de ser un éxito rotundo, pero tampoco era un desastre total.

Esta red de prioratos desarrolló funciones importantes desde el siglo X al XII. En el XIII el sistema comenzó a declinar. Al cambiar la economía, la función económica de los prioratos ya no era tan importante. Los frailes se multiplicaron rápidamente desde 1200 y tomaron muchas abadías que antes habían sido poseídas y dirigidas por monjes, incluso si los nuevos no siempre realizaban labores pastorales. En el siglo XIV desaparecieron muchos prioratos por motivo del fuerte declive de la población monástica. En Inglaterra, Escandinavia y otros países donde desapareció la vida católica a causa de la Reforma, dejó de existir por completo. Sin embargo, en las regiones católicas como Francia e Italia subsistió un número considerable de ellas hasta la Revolución francesa y la supresión que le acompañó.

Los Mauristas incorporaron algunos de estos prioratos a su Congregación, entre ellos el de Solesmes, más tarde revitalizado por Dom Próspero Guéranger. Los prioratos fueron generalmente suprimidos junto con las abadías durante la secularización general del siglo XIX, y no fueron restaurados cuando algunas abadías volvieron a resurgir y continuar viviendo. Vestigios de ese sistema pueden verse hoy en las pequeñas Ordenes monásticas, como los Silvestrinos, Vallumbrosanos y Olivetanos, que conservan numerosas casas pequeñas con muy pocos monjes. Como estas Ordenes no fueron completamente suprimidas, su praxis está en continuidad con el sistema medieval.

LA ESCENA CONTEMPORÁNEA

Mi objetivo no es proponer que se resture el sistema medieval de prioratos, sino sugerir que tal vez se puede aprender algo de él y aplicarlo a nuestra situación actual. Esta lección es que existe más de un modo de vivir la vida monástica. Desde la restauración en el siglo XIX la mayor parte de las Congregaciones Benedictinas se han concentrado en las abadías autónomas con una gran estructura institucional, un estilo de vida organizado y una comunidad numerosa.

La Congregación Casinense Americana tuvo unos comienzos humildes, pero creció rápidamente y sus comunidades se volvieron extraordinariamente numerosas. Todavía en 1990 nosotros éramos más numerosos que las demás Congregaciones de la Federación Benedictina. Nuestro interés por la educación y el trabajo pastoral contribuyó mucho a que nuestros monasterios crecieran en el aspecto institucional, que nos ha implicado a edificar, habilitar y mantener grandes construcciones y estructuras organizativas, que requieren mucho dinero y personal. Ahora algunos

28 Johnson, 56.

pensamos cómo será posible mantener todo esto.)Podrán sobrevivir nuestros monasterios?)Puede decirnos algo la historia y ayudarnos a resolver estos problemas?

Tal vez el lector sea consciente como yo de que está al acecho una latente ambigüedad, más allá de cuanto se ha dicho sobre la supervivencia de los monasterios. Es ésta:)al hablar de monasterios nos referimos a instituciones o a comunidades de personas motivadas por el ideal monástico? Al plantear esta pregunta no quiero establecer una dicotomía artificial o denigrar lo que puede ser caracterizado como institucional, ni pretender que sea posible la existencia de una comunidad sin unas bases institucionales. Pero al fijarnos en la historia hallamos que algunas veces la comunidad continúa existiendo y viviendo la vida monástica, incluso si ha sido destruida la institución física. Esto sucedió después de la destrucción de Monte Casino en el 833, pues los supervivientes residieron y oraron juntos en otro lugar durante 67 años, antes de retornar a Monte Casino. La vida monástica sobrevivió a la muerte de una institución particular, -si tomamos este término para referirnos a estructuras puramente físicas- y plasmó otras expresiones institucionales en otros lugares para servicio de sus necesidades durante el exilio.

En esta misma línea también existen otros casos en que habiendo cesado la vida monástica -al menos como forma cenobítica organizada- la institución continúa existiendo aunque de un modo muy diferente. Europa está llenas de espacios monásticos que ya no son monásticos. Algunos son ruinas abandonadas de edificios donde vivieron y oraron monjes y monjas, como Cluny²⁹ y San Vicente en Volturno³⁰, que es ahora Escuela Inglesa de Arqueología. Otros edificios monásticos antiguos están todavía intactos, pero sirven a otros fines: como Canterbury, actualmente catedral anglicana; San Blasien, que es un colegio; y Claraval, convertida en cárcel. Otros, como Lerins, Bec y Novalesa han recibido de nuevo en los últimos años la vida monástica tras un largo período de ausencia.

Algunas veces también, en períodos de declive la vida monástica ha sobrevivido únicamente bajo una forma degradada y desedificante en algunos monasterios, de tal modo que podemos pensar si Dios no hubiera sido glorificado mejor dejándolos extinguir por completo. Aunque también es cierto que esa deplorable supervivencia pudo ser alguna vez la semilla de la que brotó una nueva vida. Cuando De Rancé llegó a La Trapa en 1663 a tomar posesión del monasterio del que era abad comendatario cuando tenía 12 años, nadie podía sospechar que este eclesiástico undano y el manojito de pobres monjes resistentes a la reforma a los que encontró vegetando en unos edificios ruinosos, podrían iniciar un movimiento que cambiaría la faz de la Orden Cisterciense.

Al hablar de la viabilidad de los monasterios nos referimos a la continuación de la vida monástica y de los individuos y comunidades que la practican. En última

29 Kenneth Conant, *Cluny; Les églises et la maison du chef de l'Ordre* (Boston: Medieval Academy of America 1968).

30 Richard Hodges, *Light in The Dark Ages: The Rise and Fall of San Vincenzo at Volturno* (Ithaca: Cornell U 1997).

instancia eso es lo que hoy nos interesa. No podemos esperar de manera razonable que seremos mejor que nuestros predecesores al activar los ritmos de crecimiento y declive que marcan la conducta humana a través de la historia. Tal vez estemos llamados a renunciar a los aspectos externos de nuestra vida, las estructuras que hemos levantado y las empresas que hemos comenzado y estimulado. Es posible que hayan contribuido a su finalidad. No podemos asegurar que sea voluntad de Dios que nuestros monasterios continúen existiendo durante siglos. Es Dios quien lo da y lo quita, y nosotros sólo podemos aceptar su voluntad y bendecir su nombre. Agradecemos nuestra vocación, nuestras comunidades y la oportunidad de habernos concedido vivir la vida monástica y todo el bien que el Señor ha hecho a otras personas a través de ella. Pero debemos afrontar el futuro sin ansiedad, aceptando que los caminos del Señor no son nuestros caminos y que sus intenciones están con frecuencia envueltas en el misterio.

Continuamente han perecido en el curso de la historia grandes instituciones monásticas, sea por causas externas o internas. Pero algunos hombres o mujeres han continuado sintiendo siempre la llamada a vivir la vida monástica. Nosotros creemos que esto procede de Dios. El seguirá dirigiendo su llamada a los que escoge, y ellos hallarán modos de seguirle. Si algunos monasterios no pueden sobrevivir en la forma actual, eso no significa que deba cesar la vida monástica. En la historia han ocurrido crisis semejantes y la vida monástica ha continuado, tal vez no del mismo modo o en el mismo lugar, pero ha continuado. Ha tomado formas distintas y no está vinculada a la que se ha desarrollado entre nosotros en los siglos XIX y XX.

Seguramente debemos ser más flexibles sobre las formas de vida monástica que consideramos aceptables. Algunas comunidades no serán capaces de continuar como monasterios autónomos, pero eso no es motivo para que los monjes supervivientes y otros que deseen unirse a ellos no continúen la vida, sea en el mismo lugar, si es posible, o en otro. Podemos adoptar cierta libertad canónica para hacer esto de un modo aceptable. Podemos tener una visión más flexible de la estabilidad para formar pequeños grupos de monjes frente a los grandes monasterios, cosa que tiene un amplio precedente en la historia benedictina.

Debemos ser más tolerantes con los hermanos que sienten la llamada a vivir la vida monástica en un contexto eremítico o semieremítico, lo cual si no ha acontecido hasta ahora en nuestra Congregación es sin embargo muy tradicional. Debemos disponer de algunas instituciones que son demasiado grandes o pesadas, y adaptarlas convenientemente, debemos solucionar los problemas económicos que acompañan inevitablemente a tales cambios estructurales. Debemos discernir para asegurar que esos cambios lleven a un genuino progreso y no a fomentar abusos, teniendo en cuenta las lecciones de la Historia. Habrá muchos problemas y el panorama puede aparecer desalentador.

A nivel histórico nuestros monasterios son todavía relativamente jóvenes. En el futuro otros mirarán hacia nosotros como ahora nosotros lo hacemos hacia los monjes de tiempos pasados, y ver las comunidades que vengan a través de una serie de transformaciones y tal vez interrupciones. Es indudable que los monasterios de Wearmouth y Jarrow donde Beda pasó sus 55 años de vida monástica, son universalmente conocidos como centros eximios de religión y cultura. Pero en sus

formas originales existieron poco más de 100 años. Fundados por el obispo San Benito en 674 y 681 florecieron cuando murió Beda en el año 735 y Bonifacio en el 752.

Solo medio siglo después, hacia el año 800, fueron destruidos por los invasores daneses y permanecieron en ruinas casi 300 años. En 1073, tras la conquista normanda, Alvino, prior de Winchcombe, fue con dos monjes de Evesham e hizo su residencia en las ruinas de Jarrow. Pronto recibieron postulantes, restauraron ambos monasterios y comenzaron a florecer. Pero a los 10 años Guillermo de San Calais, nuevo obispo de Durham, llevó a los 23 monjes de la dos abadías a su ciudad para el servicio litúrgico de la catedral. Tras otro siglo de abandono, ambos monasterios se convirtieron en *Acellae* o prioratos dependientes de Durham, y permanecieron en esa situación otros 350 años, hasta ser finalmente cerrados por la Revolución. Durante esta final reencarnación habitaron dos monjes en cada casa; sin embargo son conocidos por su alto nivel de observancia monástica y de virtud³¹.

Tal vez los monjes futuros que se fijan en nuestras comunidades hallarán historias interesantes. No podemos saber cómo serán, pero debemos estar abiertos a todas las posibilidades, con tal que promuevan la gloria de Dios con modelos auténticos de vida monástica.

(Traducción: Mariano Ballano. Viaceli)

31 A.J.Piper, *The Durham Monks at Jarrow* (Jarrow: The Jarrow Lecture 1986)